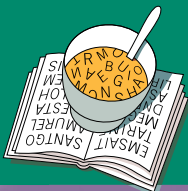


SOPA DE LIBROS

Jordi Folck

¡Nadie es un zombi!

Ilustraciones de
Òscar Julve



ANAYA



Título original: *Ningù és un zombi!*

© Del texto: Jordi Folck, 2014, 2017
© De las ilustraciones: Òscar Julve, 2014, 2017
© De la traducción: Marinella Terzi, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2017

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-3351-3
Depósito legal: M-3569-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Folck, Jordi
¡Nadie es un zombi! / Jordi Folck ;
ilustraciones de Òscar Julve ; traducción de Marinella Terzi. —
Madrid : Anaya, 2017
184 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 186)
ISBN 978-84-698-3351-3
1. Miedos. 2. Monstruos.
I. Julve, Òscar , il. II. Terzi, Marinella, trad.
087.5: 821.134.1-3



SOPA DE LIBROS

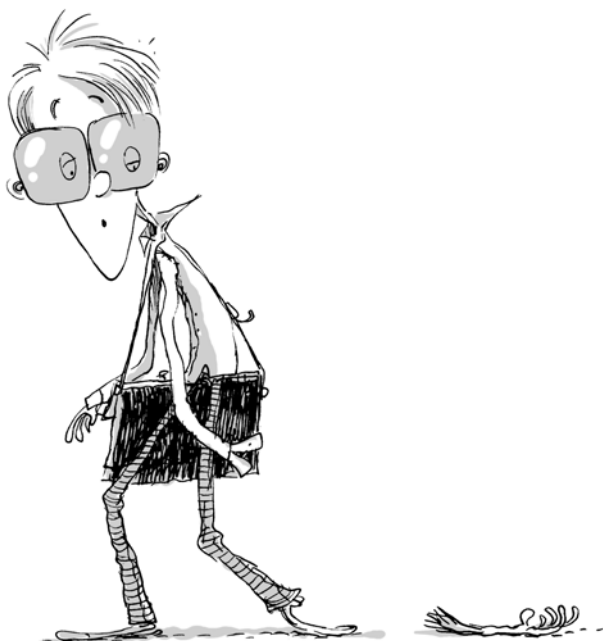
Jordi Folck

¡Nadie es un zombi!

Ilustraciones
de Óscar Julve

Traducción de Marinella Terzi

ANAYA



*And by came an angel who had a bright key,
And he opened the coffins and set them all free;
Then down a green plain leaping, laughing, they run,
And wash in a river, and shine in the sun.*

*(Y vio venir un ángel con una llave brillante,
que se puso a abrir los ataúdes y los liberó a todos;
por el prado verde bajaron corriendo, riendo y saltando,
y dentro de un río se lavaron mientras el sol brillaba).*

WILLIAM BLAKE

«El deshollinador», de *Cantos de experiencia*

*A los Nadie que corren por el mundo,
sin voz, sin nombre.*

1

BIENVENIDO, RECIÉN VENIDO

Estábamos en clase de Lengua, a media tarde, cuando entró el director. Siempre que él aparecía, nosotros teníamos que ponernos de pie, aunqueuviésemos la pierna escayolada, dolor de tripa o una brecha en la cabeza. Nos habían dicho que aquello era una muestra de respeto, como santiguarse al entrar en la iglesia, dejar que las señoras mayores se sienten en el autobús o no levantarles la voz a nuestros padres cuando la sopa está caliente y uno queda con la lengua hervida.

El señor director entró acompañado de un niño que parecía muerto desde unos cuantos días atrás: tenía la piel amoratada y arrastraba los pies. Llevaba gafas de sol. Y eso que está prohibido llevar gafas de sol en clase. El

señor director ya tendría que saberlo. Pero los primeros que incumplen las reglas son los profesores.

—Estimados alumnos, hoy se incorpora un nuevo compañero. Vuestro nuevo amiguito ha estado largo tiempo enfermo y se ha tenido que someter a una serie de operaciones, de las que, por suerte, ha salido bien parado.



¿A qué podía referirse el señor director con aquello de «bien parado»? Bastaba con mirarlo atentamente para darte cuenta de que aquella no era una afirmación muy acertada y que más bien había salido hecho polvo.

Era bastante canijo, delgado, enclenque y más palabras que me vienen a la mente y no digo. Llevaba unos pantalones en los que ha-



brían cabido dos personas, y una camisa holgada y sucia que parecía más bien un trapo de cocina.

—Sus padres —continuó—, unas excelentísimas personas que vinieron a presentarme sus respetos —otra vez la palabrita—, llegaron de Europa del Este para echar raíces en nuestro pueblecito. Han comprado la antigua Casa de las Veletas, donde vivirán. Los Izczyzsyn —aquí pareció que tartamudeaba— constituyen una conocida familia originaria de Varsovia. Demos, por tanto, la bienvenida a vuestro nuevo amigo —y revisó una tarjeta que sacó del bolsillo—: Waldemar Izczyzsyn.

Y dicho esto, se puso a aplaudir. Y para no faltarle al respeto, todos aplaudimos a aquella cosa rara que nos sonreía y que era como si se fuera a desmontar de un momento a otro.

2

WALDEMAR, LA MAR DE PROBLEMAS

Pasadas dos horas, a Waldemar ya le habíamos cambiado el nombre. Ahora lo llamábamos Wally, y como él no decía nada, todos pensamos que estaba de acuerdo. Y como tampoco nos gusta hacer tirabuzones con las palabras, o sea, liarnos —solo a la profesora de Lengua—, también le acortamos el apellido Izcyszyn a Izczy, y enseguida, a Ics, y una hora y media después, a Ecs. Y como, cuando le llamábamos, respondía, pensamos que debía de gustarle. Todo eso pasó en una sola tarde. Teníamos todo un curso escolar para conocerlo. Y como debía de ser corto de vista, el señor director pensó que tenía que sentarse en la primera fila, donde estamos los listos de la clase, los que hacemos los deberes sin quejarnos, los que sacamos nueves y dieces,

y una vez un once, porque el profesor de Matemáticas contó mal en una práctica. Y yo soy el listo número uno y no me gusta tener cosas amoratadas a mi lado. Fue así como Wally Ecs se convirtió en mi compañero de pupitre y Susan, la lista número dos, pasó a la segunda fila, y Kílian, a la tercera, y así hasta las últimas filas, que no se movieron porque a) detrás solo tenían la pared y b) porque al fondo de la clase no hay diferencia en lo que respecta a la inteligencia: son los más burros y punto; los que siempre hablan, los que no escuchan nunca ni saben qué hay de deberes porque no tienen memoria.

Entre clase y clase, obligado por la buena educación que había recibido en casa, le di conversación para saber si merecía un puesto tan privilegiado, tan cerca del profesor y de la pizarra.

—¿Qué te ha pasado, Wally? ¿Cómo es que tienes la piel amoratada y llevas gafas de sol?

—Me atropelló un autobús escolar —contestó—. De ocho ruedas. Todos creyeron que me había muerto, pero no lo estaba del todo, y ahora tengo problemas de visión. Veo mejor de noche. El sol me deslumbra.

Wally me cayó bien. Era la primera persona que conocía que había sobrevivido a un autobús de ocho ruedas, y lo contaba con una carcajada en la que parecían bailar todos los dientes. Y tenía bastante vocabulario cuando hablaba, lo que significaba que leía; no como los imbéciles de la última fila. Mi padre dice que el mundo se divide en dos: por un lado, los que leen y, por otro, los imbéciles. Y es que no leer, según investigaciones recientes, altera la atención, la concentración y acaba por empobrecer el cerebro con una enfermedad que se llama se-ni-li-dad pre-ma-tu-ra.

—¿Y todavía te duele algo? —Sabía que la pregunta no era digna de un estudiante de primera fila, pero ¿qué se le pregunta a alguien al que han pasado por la plancha, vuelta y vuelta?

—Me han cosido y recosido, me han quitado seis costillas, llevo rodillas de goma, pero estoy bien, gracias. Y tú, ¿estás bien?

No. Definitivamente no merecía estar en la primera fila. Pero había una cosa que se llamaba educación, y fue la educación con mayúsculas la que respondió:

—Sí, estoy muy bien. Muchas gracias.

A mí no me había pisoteado ninguna apisonadora.

Al salir del colegio, y cuando ya iba a decirle adiós, me puso la mano sobre la cazadora y me confesó:

—El señor director me ha dicho que somos vecinos, que tu casa es la última del pueblo y que vivimos cerca y que podríamos ir juntos.

¡Qué fantástico el señor director! Me reí con educación y resignación, y, como no se me ocurrió nada, me callé y decidí acompañarlo.

Wally caminaba de una manera muy extraña: giraba las rodillas de goma como si fueran a salirse de su sitio en cualquier momento; movía los brazos como molinillos de viento, igual que un bebé que aprende a caminar o un enfermo que se levanta de la cama cincuenta años después. A aquella velocidad, llegaríamos a casa a la hora de cenar. Me daban ganas de darle un empujón para ver si se espabilaba. Pero en ese momento sucedió algo: yo esperaba dos pasos más adelante cuando, de golpe, el chico perdió un brazo.

¡Un brazo! Pegué un salto hacia atrás. Era un brazo delgado que se le coló, sencillamen-



te, manga abajo. Diría que aquel brazo estaba muerto, si no fuera porque, ya en el suelo, los dedos se movían como arañas contrapeadas panza arriba. Y, como si nada, se agachó, lo recogió y se lo metió dentro de la manga. Oí un crujir de huesos. Habría salido corriendo si no hubiera estado paralizado por el susto.

Soltando una risita medio muerta, se disculpó:

20

—Perdona. Me pasa a menudo. Tendré que pedir en casa que me lo cosan de nuevo.

Entonces sí que corrí, pies para qué os quiero, mientras Waldemar me miraba y los dedos de aquella mano agarraban la nada.

